

como el poder artístico, y Josué como el poder militar, y los jueces instituidos por Moisés mismo y obligados á cumplir y observar las leyes como el gran poder judicial que decide en los litigios y aplica las legislaciones.

Naturalmente, los prodigios hechos por Moisés no fueran posibles en aquel tiempo, si tan grande legislador no los hiciera siempre y en todas partes á nombre de Dios. Y como quiera que las montañas muy atractivas se alzan sobre aquellos arenales del desierto, á manera que las islas se alzan sobre las aguas del mar, en la montaña encontraba Moisés vasta soledad para sus meditaciones, como en las meditaciones ardiente y luminosa inspiración para su obra. Este gran político, fundador de una democracia y de una república, entre tantos imperios como abrumaban con su peso el Asia y el África, sólo admitía, según sus grandes sentimientos de igualdad, una excepción, la de sus personales comunicaciones con el Eterno allá en la cumbre de las montañas, tenidas por aquellos pueblos como escalas para subir á lo infinito, como columnas para sostener el cielo, como santuarios para departir con Dios. Así Moisés no dejaba que ni el mismo Aarón, su hermano y su pontífice, ascendiese con él á las alturas del monte y con él hablase á Dios. Así, en la hora de ascender para tomar ya las tablas de la

ley mosaica, ya el Decálogo donde se hallaban los preceptos morales y religiosos, Moisés designaba un límite al paso del pueblo y no le permitía subir allende lo designado, que separaba, digámoslo así, las regiones reales y naturales donde vivía su gente de aquellas otras altísimas y sobrenaturales donde vivía su idea. En el Horeb vió Moisés arder sin consumirse la zarza milagrosa que renovaba la idea del Dios único alcanzada por la religiosidad suma de Abraham y oscurecida por el terrible cautiverio de Egipto; en el Sinaí, más tarde, cuando ya el éxodo se había verificado y el cantar de triunfo dicho por María en coro con todas las mujeres de Israel había por los espacios inmensos repercutido, Moisés ascendió á las cumbres, y entre los estremecimientos del terremoto, los estampidos del trueno, los centelleos del relámpago, las chispas del rayo, promulgó la religión monoteísta y uniforme, tan de suyo concordante con las desolaciones del desierto y con las ideas del semita. Sí, uno de los días mayores de la historia resultará siempre aquel creador y divino en cuyas horas el alma humana concibió, entre deliquios y éxtasis, por intuiciones milagrosas, á los sacudimientos del suelo que parecía estremecerse por recibir tal depósito y á las tempestades del empíreo que parecía descargarse como de un un peso, por confiarlo á la

tierra, el principio sublime de un Dios espiritual, eterno, pródigo, principio generador de la libertad humana é indispensable á su íntimo peculiar desarrollo. Por eso, tanto como la montaña donde se alzara el Partenón; tanto como la montaña donde surgiera el tribunado; tanto como la montaña del Calvario, donde se inmolará por nosotros el Redentor, brilla esta montaña del Sinaí, fluyendo las dos ideas capitales de la historia universal, sí, la idea de la libertad y la idea de Dios. Ese ha sido el gran ministerio de Moisés en la tierra: fundar el gobierno directo de Dios, por medio de una legislación fija y de una república democrática, sobre la libertad del hombre, tal como podía concebirse y aplicarse allá entre gentes tan primitivas, en Estado tan joven y en siglos tan distantes. El Dios espíritu y la libertad humana: he ahí los dos polos entre los cuales deberá girar la civilización universal.

Toda grande obra social tropieza, no solamente con las dificultades que sus enemigos le oponen, sino con aquellas, mayores aún, que le oponen los mismos á quienes favorece y sirve. Para su comercio con el pueblo y para sus coloquios con el cielo, necesitaba mucho Moisés aislarse allá en la cumbre de las montañas, pues tras estos grandes retiros, y apartamientos y soledades continuas, descendía como si el soplo de Dios le hubiese oreado la faz y encen-

díndole una especie de llama divina en la frente. Una vez decidió pasarse cuarenta días con cuarenta noches en aquellas altas cumbres donde su espíritu erigía con facilidad un templo ideal á Dios, recibiendo de Dios, en cambio, aquellas secretas é íntimas confianzas reservadas á un tan superior espíritu como el suyo, siempre sublimado hacia lo ideal y en relación estrecha siempre con lo infinito. Larga en verdad tal ausencia, pues poco apto el pueblo para dirigirse á sí mismo, había menester de su guía, único entre todos capaz de columbrar los horizontes donde se guarda lo futuro. Y aun teniendo á su caudillo muchas veces desmayaba y decaía en términos de rodar á los abismos de la reacción idólatra y volver de nuevo á las supersticiones egipcias. Como quiera que hubiese pasado muchas hambres, dolídose de abrasadora sed, puesto mil veces enfrente la propia miseria de los días aquellos con la grande abundancia de los días pasados, al cerrarse todas las cicatrices por medio de un olvido eficaz, Israel soñaba con Egipto y hasta muchas veces antepónía los Faraones á sus profetas. La tierra de Gessén brillaba con todos sus encantos á los ojos de aquel pueblo desagradecido que iba sobreponiendo á los intereses y á los elementos intelectuales el bienestar material. Así recordaba los estanques poblados de peces y aves acuáticas; los prados en que

las vacas se anegaban dentro del heno como ebrias por la exhalación de sus aromas; los áureos montones de trigo elevados sobre las eras al cielo; aquellas embarcaciones que traían en sus vientres á las vecinas costas copia de varios productos; aquellos sicomoros gigantescos donde quizá las aves del diluvio se posaran después de haber visto el iris; aquellas palmas resonantes que al beso de las brisas cantaban y producían sobre un suelo fresco grata sombra; todos los bienes perdidos y trocados por un desierto desolador, por unas peñas áridas, por unas fuentes amargas, por un maná insípido, sobre todo, comparado á las rebosantes marmitas egipcias donde se cocían tan ricos alimentos, con una peregrinación fatigosa é incesante, á cuyo término sólo podían hallar una tierra quizás menos grata y menos próspera todavía que los espacios por donde iban gimiendo, con los ojos vueltos hacia atrás y con toda esperanza perdida y acabada en sus destrozados corazones. Repetíase un estado moral muy semejante de suyo á ese estado moral moderno en que tantas veces caen las muchedumbres deslumbradas y seducidas por la utopía, cuando no encuentran en su libertad y en su emancipación todos aquellos bienes con que habían soñado con insistencia en el período primaveral de vívidas y engañosas ilusiones, á las que no responde ni

responderá jamás ninguna realidad en el mundo. Y lo primero que hacían estos israelitas, heridos por el desengaño, era convertir el recuerdo y el pensamiento hacia los pasados tiempos y hacia los pueblos opresores y enemigos, pidiendo una vuelta pronta en cambio de prestarles un culto como el antiguo, impuesto á sus corazones desengañados ahora por las amarguras de toda realidad y por las tristes asperezas del desierto.

Luégo el arte de los egipcios debía seducirlos y encantarlos con sus numerosos prestigios. Aquellos monumentos colosales que desafiaban las montañas producidas por la misma naturaleza; los frescos multicolores de que se hallaban como esmaltados; aquellas paredes semejantes en espesor á grandes cordilleras; los colosos asentados sobre sedes del grandor de una colina; los palacios interminables y semejantes á verdaderas ciudades; las Isis y los Osiris de bronce áureo brillando al sol deslumbrador del Africa; las esfinges de granito rosa con su diadema de jeroglíficos; aquellos panteones en que las momias parecían, más que muertas, dormidas; aquellas estatuas de todos tamaños componiendo por doquier coros de dioses visibles; los templos titánicos de columnas tan gruesas que podían sostener el cielo; las decoraciones deslumbradoras dispuestas como para servir de teatro á

escenas épicas; las tumbas tan admiradas y queridas, las cuales constituían como poblaciones enteras que comunicaban á los vivos con los muertos; los obeliscos sembrados de inscripciones; las fiestas sacerdotales tan llamativas por lo bellas; todo lo que habían maldecido tanto y de que tanto ahora se añoraban, volvía con sus espejismos á encadenarlos y someterlos, ejerciendo sobre su alma el imperio de una fascinación tal, que no dudaban un punto en aceptar la idolatría y hasta la servidumbre, de cuyo seno huyeron tras largos y porfiados combates, convirtiendo así en derrota sus mismas deslumbradoras victorias. La Biblia nos refiere hasta qué punto cayó el pueblo escogido en esta especie de idolátrica reacción, á la cual debían haberle arrancado por siempre un éxodo tan apetecible y tan feliz cual su éxodo de Egipto, y un caudillo tan grande cual su legislador Moisés. Mas, al poco tiempo de hallarse en las cumbres del apartado monte donde se habían recogido por espacio de unas de seis semanas, el pueblo comenzó á desesperarse y á pedir un ídolo como aquellos que había dejado en tierra de Gessén, para ver si este ídolo podía devolverle sus llorados bienes. Y, en efecto, no hay sino mirar los templos y los altares del Egipto para comprender cómo todos estaban consagrados á divinidades, las cuales

tenían alguna relación más ó menos estrecha con la naturaleza orgánica. En aquellos tiempos del predominio de la materia y entre aquellos pueblos de rudo combate con los elementos, el animal, que auxiliaba con sus fuerzas á vencer las plagas materiales, debía encontrar un fácil culto en todos los corazones y tener espléndidos altares en todos los templos. Ninguno entre los animales como la vaca, de ojos hermosísimos, de piel preciada, de resistencia enorme, tan fuerte y animosa como paciente, cuya leche, no sólo nutre, sino también medicina, cuyo lomo lleva el arado fecundante cooperando así con su trabajo al surco donde brotan y crecen las espigas de que sacamos el pan de cada día. Los muchos templos y los muchos altares que al buey Apis ofrecían los egipcios demuestran lo muy arraigado que se hallaba el culto de semejantes animales entre los habitantes del abundoso Nilo. Y sabido es que no solamente allí, en África, se prestaba culto á bueyes, vacas, becerros y terneras, se le prestaba también allá en la India, donde muchas sectas y religiones llegaron á creer que una vaca nutrió en sus tetas el universo entero.

Así, en los cuarenta días que faltó Moisés á su pueblo, pidió éste un ídolo, cual aquellos del Egipto, y Aarón, en persona, se conformó con esta demanda, y fué cómplice, si no autor, de semejante retroceso

á la vieja idolatría. ¡Cuán incierta debía estar la nueva idea en el ánimo de aquellas gentes! ¡Cuán poco arraigada la religión por Moisés concebida en sus largas meditaciones, cuando todo un Aarón, perteneciente á la familia de Leví, hijo de una mujer como Jocabel, descendiente directo de Jacob, orador elocuentísimo, revestido con la confianza de Moisés, puesto en el sacerdocio porque ninguno podía estar tan penetrado como él de la idea divina y ninguno ser tan acepto como él á Jehovah, no solamente vacila, sino que cae ¡infeliz! en el gran pecado, y recoge todo el oro habido á mano con el fin de levantar un ídolo que calme las ansias de aquel pueblo, vuelto por inevitables retrogradaciones á la perniciosa é infame idolatría, de la cual Dios, con su misericordia, y Moisés, con su esfuerzo, le habían sacado, para que fuese como el primate y superior entre todos los humanos! El pecado terrible de Aarón prueba cuán fácilmente tropezaban y caían las muchedumbres, cuando las almas superiores no estaban exentas, por su parte, de tamaña debilidad.

María, en esta ocasión, seguramente no debió cumplir el ministerio que le confiara su hermano Moisés, pues, de haberlo cumplido, mentara tal cumplimiento, con verdaderos loores, el inspirado historiador. Si una sola persona, una sola, se hu-

biese opuesto al pecado idolátrico, no faltara su mención en la Biblia. María tropezó indudablemente, allá en el recuerdo de los pasados ídolos, viendo tropezar á su hermano Aarón, que tantas razones debía tener para sostenerse firme y erguido por la fuerza de su pensamiento y por la fuerza de su voluntad. La mujer, naturalmente, pertenece á la categoría de los seres móviles, tiernos, de nervios dispuestos á grandes agitaciones, de corazón abierto á toda nueva impresión, de fantasía muy animada y muy viva, por lo cual no puede, no, exigírsele aquella responsabilidad que naturalmente compete á quien tiene ánimo entero, sabiduría, experiencia, fortaleza y un ministerio sacerdotal, como el viejo pontífice, su hermano Aarón. Por lo mismo que María era poetisa, por lo mismo que tal índole y complexión de alma y de carácter en ella dominaba, es mucho más excusable su debilidad, que indudablemente se había rendido á tantos desengaños como llevaba en su alma el pueblo hebreo y á tantos clamores como partían de todos estos desengaños en tropel. Con suma dificultad una mujer de condición tierna y de fantasía poética se hubiera sobrepuesto siempre á las quejas de un pueblo que había entrevisto felicidades sin número y sólo había sentido desengaños sin medida. La sed, el hambre, la miseria, los manantiales amargos, los simoú-

nes abrasadores, la existencia nómada de nuevo, la felicidad perdida, según sus desengaños, para siempre, las largas ausencias de Moisés, el reemplazo de una sociedad brillante por una sociedad austera, la sustitución de unos ídolos deslumbradores con meras fórmulas, puramente idealistas, todo eso debía retrotraer el ánimo y el entendimiento del hebreo á los tiempos pasados y explicar una tan grande abominación como el restablecimiento de sensual culto á dioses formados como cualquier bruto en los inferiores senos de la materia orgánica, cuando el Dios espíritu había surgido ya en los espacios del alma y revelándose á un pueblo predilecto. Pero así aparece necesariamente por siglos de siglos en la historia el hombre. Para cada progreso á realizar encontraréis profetas, reveladores, mártires, verbos que hablan la lengua de los dioses y que iluminan con sus idealidades hasta los abismos donde yacen las muchedumbres más ignaras, y después que se ha realizado el progreso, después que ha vestido el ideal carne y se ha regado esta carne con sangre, después que se pasa á la vida desde la mente y á la realidad desde la idea, ¡oh! el desengaño sobreviene, la reacción se impone y una serie de retrogradaciones inevitables sucede á los anteriores adelantos, porque así lo prescriben leyes eternas de la historia. Por eso, el Éxodo de Egipto

quedará siempre como un testimonio en los anales, como un tópico en las lenguas, como un ejemplo en las doctrinas, como una enseñanza en las ciencias espirituales de cuánto cuesta pasar de un punto á otro punto en el espacio, de un período á otro período en el tiempo, de un término á otro término en la serie, de una evolución á otra evolución en el progreso.

Cuando el retroceso en que los israelitas cayeran arrastró involuntariamente á sacerdotes como el pontífice Aarón, á poetisas como la inspirada María, después de haber el uno prestado culto á Jehovah y de haber la otra enardecido al pueblo con el cántico de victoria, nada ya puede con razón y con fundamento extrañarnos en estas grandes crisis que parecen como el génesis de la humanidad. El pueblo israelita no podía satisfacerse con aquellos preceptos espirituales, con aquella religión filosófica, con la ley encerrada en portátil arca y con el Dios invisible traído por Abraham de luengas tierras, renovado por Moisés en las alturas del Siná; todo esto resultaba demasiado ideal, demasiado etéreo, demasiado abstracto para quien había visto los dioses colosales encerrados en templos tan gigantescos cual un mundo, con bóvedas parecidas al cielo, con atrios cuyos intercolumnios titánicos tomaban perspectivas en el espacio semejantes á las

tomadas por los siglos en el tiempo, y á cuyas puertas conducían seiscientas esfinges allí colocadas como un ejército guardando fortalezas embebidas de incienso y rebosantes de ideas. El pueblo quería dioses que fueran delante de él, porque á los pocos días de haberse ausentado Moisés, y absorbiéndose allá lejos en sus meditaciones, dudaban de su existencia y no sabían qué le hubiese acontecido. Aarón y María, no menos acostumbrados al rito egipcio que sus gentes, demandáronles á cuantos se plañían los zarcillos, las pulseras, las tumbagas de oro, para forjar con todo ello un becerro semejante al áureo tantas veces adorado en las orillas del Nilo, y prestarle un culto por el cual recibieran mayores granjerías de las hasta entonces recibidas por el culto á Jehovah. Y el ídolo surgió, y al pié del ídolo erigieron aras con altares, y frente del ídolo alzaron holocaustos con sacrificios, y en derredor del ídolo bailaron y comieron en fiesta sensual bien diversa de aquellas fiestas sobrias y austeras que constituían la pascua y que preparaban á los grandiosos espirituales ejercicios. Ya podemos imaginarnos, conociendo á Moisés, aquel anciano que no brillaba por ninguna dote de alta expresión, pues había tenido que ceder todos los ministerios propios de la oratoria, todo su verbo, al hermano Aarón; y todo el ministerio de su poesía, todo su arte, á la herma-

na Mirjam ó María, cómo se puso viendo la corrupción del pueblo, su apartamiento del camino trazado, su idolatría servil á los dioses bajo los cuales padeciera servidumbre y sintiera sobre su cerviz el pié de los Faraones. A mayor abundamiento, cuando bajaba de las cumbres que le habían servido como escala increíble para subir al ideal trayendo consigo nuevas luminosísimas fórmulas de salvación y de ciencia, topaba con un pueblo ebrio, delirante, harto, fuera de sí, bailando y tañendo en orgías interminables, como si el paganismo estuviera por sus venas diluído y le poseyese un genio de perdición completamente opuesto al soplo divino comunicado por los labios del Criador á su espíritu. Moisés, que no dominaba por el arte, vinculado en María; ni por el verbo, en Aarón vinculado; ni por la fuerza, vinculada en Josué, y que sólo se distinguía, viejo, tartamudo, casi decrepito, por su voluntad y por su ascendiente moral, resolvióse á un feroz y tremendo castigo capaz de restablecer su autoridad y de curar á su pueblo.

Solemos creer que ciertas causas únicamente han debido apelar al terror y exceder á las humanas fuerzas en los horrores del castigo. La misma causa de Dios ha pasado por grandes horrores, quizás inevitables en las contingencias irremisibles de la humanidad y en la barbarie circunstancial de cier-

tos lejanos tiempos. Moisés cogió el oro con que forjaran los israelitas aquel becerro, triste objeto de su culto idólatrico, derritiólo en voraz fuego y propinólo á los más culpados. En la historia de nuestras desventuras hay un monarca español, llamado Pedro de Puñalet, que ha vivido con renombre de *Cruel* en los siglos por un hecho análogo, por haber fundido una campana en Valencia y haberle dado á beber el metal derretido á los soldados de la Unión, puestos en rebeldía contra su autoridad y su corona. Pero es el caso que Aarón y María contribuyeron más que las muchedumbres mismas á este acto de idolatría, y Moisés, no solamente los exentó del castigo á los demás impuesto con tanta crueldad, sino que los dejó irse de su presencia sin regañarles ni reconvenirles siquiera por tan extraño crimen. Así no es mucho que varios comentadores de la Biblia crean al sacerdote Aarón un mago del templo de Osiris y á la poetisa María una maga del templo de Isis, propensos, por tanto, uno y otra, en las incertidumbres connaturales con su respectivo estado, á retroceder frecuentemente hacia los sacerdotes y hacia los templos antiguos. El pueblo, que fuera exento del castigo, vistió luto por aquel triste caso, y en mucho tiempo no quiso brillar con ningún atavío. En las reconvenções con que Moisés acompañó la pena infli-

gida tan cruelmente al pueblo, llamólo duro de cerviz. Y, en efecto, gran dolor para el estadista sublime haber ascendido á las cumbres del Sanaí con el afán de recabar del cielo un código por mil generaciones observable, según su santidad, y ya vuelto, tras ayunos y penitencias, la revelación irradiando pura de su frente y el código en sus manos, encontrarse con que ha caído, no sólo el pueblo sacado por él de su cautiverio, sino su hermano, su hermana, los seres predilectos de su corazón, aquellos á quienes primero confiara su doctrina, en ciega idolatría. La idea se había personificado en Moisés. Cuando éste descendía del Sinaí ó entraba en el Tabernáculo, aquellos á quienes miraba con sus ojos profundos y reveladores caían en seguida rendidos y aclamaban el Dios tan centelleante y vivo en su mirada como en la zarza del Horeb ó como en la tempestad del Sinaí. Así el pueblo le decía que anduviera Moisés con él, y Moisés, por su parte, también le rogaba rendido á Dios que anduviera con su legislador y con su profeta. El primer Decálogo bajado de la montaña quedó roto en esta circunstancia suprema, por creer Moisés al pueblo israelita indigno de legislación tan sublime. Pero, así que se hubo purificado por su arrepentimiento Israel y redimido por su pena, Moisés creyó llegada la hora de fijar la legislación y subió de nuevo al

